

SUMARIO

El Presidente Loubet en España.—El ingreso en las Academias militares.—El municionamiento en el campo de batalla, por C. D. P.—Ideas modernas acerca del empleo de la artillería de campaña, por J. F. H.—Lamentaciones. II, por Federico Pita, primer teniente de Infantería.—Cosas que no son de España, por el Capitán Subrió Escápula.—Orden circular del general director de las maniobras realizadas por el ejército francés del Este.

Se acompañan los cuadernos 72 y 73 de La Guerra ruso-japonesa.

EL PRESIDENTE LOUBET EN ESPAÑA

La REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR, que acogió con el más patriótico entusiasmo las muestras de respeto y ardiente cariño de que fué objeto nuestro Augusto Soberano, S. M. el Rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), en su reciente viaje á Francia é Inglaterra, se complace en saludar al ilustre Presidente de la República Francesa, representante de una gran nación, con la que nos ligan los lazos de la sangre, de la vecindad y de la elevación de sentimientos, y desea que le sea grata su estancia en la hidalga España.

En los revueltos pasados siglos, en los que la historia registró interminables, continuas y muy diversas guerras, y en los que el amigo de hoy era el enemigo de mañana y el aliado del siguiente, nuestras tropas fueron frecuentemente testigos del valor y de la pujanza del glorioso ejército francés. A su prensa, que lo representa dignamente, enviámosle cordial saludo, haciendo votos para que la Nación Francesa, bajo la salvaguardia de su ejército, cumpla los altos destinos que la Providencia le tiene señalados en la obra del progreso y de la paz universal.



EL INGRESO EN LAS ACADEMIAS MILITARES

El reciente Real Decreto sobre Academias militares, ha puesto término al espectáculo poco edificante de esa nube de jóvenes, niños muchos de ellos, que iban de Academia en Academia probando fortuna en todas, y demostrando con este hecho que no les guiaba una vocación determinada, sino que perseguían únicamente, dentro de la profesión militar, una carrera cualquiera que les asegurara rápidamente un modesto porvenir. No era la vocación, era el fin utilitario lo que movía á esos muchachos en su peregrinación académica, y ya era hora de que cesara una costumbre que si decía muy poco en favor del aspirante, no podía

menos de resultar perjudicial á todas las Academias y al ejército en general. Desde este punto de vista, el Real Decreto aludido, además de su innegable oportunidad, es digno de encomio y alabanza.

Pero con él no queda resuelto por completo el difícil problema de nutrir con personal apto é idóneo el cuadro de oficiales del ejército; y aun pudiera ocurrirse la idea de que la prohibición de presentarse todo aspirante en más de una Academia, no está muy en consonancia con los principios que informan nuestro régimen político, ni tampoco con lo que se practica en otras carreras, tales como las de ingenieros civiles, en todas sus variedades, y arquitectos, y derecho y filosofía y letras.

La prohibición referida, para ser eficaz, duradera y provechosa, convendría lograrla por medios indirectos, mejor que directamente.

¿Necesitan todos los oficiales del ejército, cualquiera que sea su arma ó cuerpo, iguales conocimientos? Pues entonces debe irse á la Academia única y al ingreso único. Esos conocimientos, ¿deben ser distintos según la especialidad que se elija? En tal caso no hay razón para que el plan de ingreso sea uniforme é idéntico en todas las carreras militares, sino que en cada una debe estar en armonía con los estudios que deban practicarse dentro de la Academia respectiva. La variedad de materias exigida para el ingreso en uno ú otro centro de enseñanza, reduciría extraordinariamente la posibilidad de presentarse á exámenes en más de una Academia; sería lógica; y favorecería la instrucción general de los futuros oficiales, contribuyendo á que desde el primer momento se fijara la vocación de los aspirantes.

No será inoportuno hacer notar que se impone cada vez más la variación de los planes de estudio, porque los estudios matemáticos no deben ser la base principal, casi única, del ingreso en la carrera militar. Bien está que no se les desatienda en absoluto, más que por su utilidad directa, porque permiten formar concepto de la capacidad de los aspirantes; pero no hasta el punto de admitir implícitamente que todo buen oficial debe ser buen matemático, y que todo buen matemático tiene aptitud y condiciones para ser buen militar. Si en algunas especialidades se comprende que se dé grande extensión al estudio de las matemáticas, no acontece lo mismo en otras; exigirlas con relativa extensión para el ingreso, equivale á cerrar las puertas de las Academias á muchos jóvenes que serían excelentes oficiales, pero que no tienen afición á las arideces de aquellas ciencias; y admitir, en compensación, á otros que, una vez dentro de las Academias, advierten que han equivocado su vocación, pero continúan sus estudios por no perder el fruto de sus labores anteriores, ni el tiempo y los gastos en ellas invertidos.

Por otra parte, las cualidades morales, cuya prueba ahora es nula, deben pesar mucho cuando se trata de elegir á los futuros oficiales; y las aptitudes físicas han de quedar demostradas plenamente, no bastando un

ligero reconocimiento facultativo. Pero si estas últimas pueden ser puestas de manifiesto en breve tiempo, dentro del periodo de exámenes, no sucede lo mismo con aquellas, que requieren, para ser descubiertas, la atención constante de los encargados de apreciarlas, y un estrecho y bien dispuesto régimen de vida. Tal vez se objete que estos fines se logran actualmente dentro de nuestras Academias, pero la verdad es que por carencia ó deficiencia de aptitudes físicas y excelentes cualidades morales, solo pierden la carrera los muy malos, pero rara vez los medianos; y lo que se debería conseguir es que solo obtuvieran las estrellas de oficial los sobresalientes y los mejores.

En una palabra, en vez de oficiales formamos ahora hombres de estudio y de gabinete; hábiles para el análisis frío y razonador, y para el consejo; lo que nos es menester, empero, son hombres de acción y educadores, y, como tales, poseedores de una extensa cultura general.

Concretándonos al ingreso en las Academias, la substitución de los métodos vigentes por otros más en armonía con la realidad y las necesidades de los tiempos, no podrá llevarse á cabo sino cuando sufran una completa reorganización las Academias mismas y se implanten nuevos sistemas para la elección y formación de oficiales. Esta cuestión es muy difícil y delicada, y no puede ser resuelta sin largos estudios y sin oír la opinión de personas competentes, conocedoras de los procedimientos que se practican en el extranjero, y de lo malo y lo bueno, pues también hay mucho bueno, en los nuestros. La reforma debe hacerse sin prisas y gradualmente, si es posible.

Entre tanto, el Real Decreto, á que hemos hecho referencia, corta una viciosa costumbre, y parece reflejar el propósito de abordar en plazo breve la modificación de nuestros centros de enseñanza y del sistema general de educación é instrucción. De desear sería que, completado en el sentido que hemos expuesto, uniera á su oportunidad y conveniencia, la mayor eficacia, y constituyera la piedra fundamental de la regeneración del ejército, basada en las facultades físicas, morales é intelectuales de la oficialidad.

EL MUNICIONAMIENTO EN EL CAMPO DE BATALLA

El moderno armamento de tiro rápido, de que disponen todas las armas combatientes, ha hecho surgir una nueva necesidad, ó, hablando con más propiedad, ha sido causa de que un servicio auxiliar que apenas hace cincuenta años no implicaba ninguna dificultad ni entorpecía los movimientos del ejército, haya alcanzado una importancia preponderante y convirtiéndose en uno de los problemas que más preocupan á los generales en jefe y comandantes de columnas: nos referimos al municionamiento en el combate, tanto de la infantería como de la artillería,

En otros tiempos, todavía recientes, bastaba aumentar ligeramente el peso total que gravitaba sobre cada infante, ó el que arrastraba el ganado de la artillería, para que un solo escalón de municiones fuese suficiente para cubrir todas las necesidades del combate. Pero la rapidez de tiro ha crecido en proporciones mucho mayores que las que ha revestido la disminución del peso del proyectil. Este ahora ha llegado ya á un límite del que parece imposible pasar, y entre tanto la rapidez de fuego va siempre en aumento, no estando lejano el día en que el fusil de carga y tiro automático será admitido en todos los ejércitos.

En muchas de las batallas reñidas en el Extremo Oriente, cada infante ha llegado á disparar en una sola jornada más de cuatrocientos tiros, número que en algunos cuerpos y en ciertos días ha llegado á la fabulosa cifra de ochocientos. Y la artillería casi ha aventajado á la infantería en esa rapidez de tiro, menos útil de lo que pudiera creerse, puesto que en la acción de Tachichiao, entre otras, una batería rusa consumió un número enorme de proyectiles, á razón de 524 por pieza.

Si á esto se agrega la extraordinaria duración de las batallas, hecho previsto hace mucho tiempo, y señalado entre nosotros, con mucha anterioridad, por el general Polavieja y algunos escritores militares, será preciso reconocer que la cuestión del municionamiento en el combate es una de las más difíciles y de resolución más urgente, puesto que sin municiones la mejor tropa ha de abandonar el campo y ceder la victoria al enemigo.

La guerra moderna impone que el ejército vaya acompañado y seguido de muchas toneladas de plomo y hierro, lo mismo se opere en país llano que en comarcas montañosas. Si esos convoyes hubiesen de ir siempre en la retaguardia, el problema no sería difícil; pero lo que conviene es que esos escalones de municiones, sin entorpecer ni embarazar los movimientos de las tropas, estén inmediatamente en contacto con las fracciones empeñadas en la lucha, única manera de que su concurso llegue á tiempo y sea provechoso.

En Rusia se ha resuelto la dificultad, en la última guerra, aumentando el número de carruajes afectos á cada batallón, acudiendo á las acémilas para las tropas de las alas, y dando más vuelo á las columnas de municiones de las divisiones y cuerpos de ejército. No se conocen exactamente los medios de que se ha valido el Japón, pero se cree con fundamento que cada división poseía un número crecidísimo de carruajes especiales, de dos ruedas, destinados al transporte de municiones.

Claro es que no basta disponer del material necesario, sino que es preciso que el personal de esas columnas esté muy práctico en sus cometidos, porque aunque la conducción de municiones á las líneas de tiradores se efectúe por las tropas comprometidas en la lucha, aquellas columnas han de llegar á la segunda línea, rebasarla á veces, y manio-

brar bajo el fuego de fusil y de cañón del enemigo, y todo esto sin desorganizarse ni dificultar las evoluciones de las fuerzas combatientes.

En principio parece preferible el sistema de que cada cuerpo disponga de las municiones necesarias, por lo menos, para una jornada; pero tanto en este caso como en el de que recaigan principalmente sobre los servicios generales de retaguardia las tareas de municionamiento, lo indudable es que se impone el empleo de un personal numeroso y ejercitado, provisto de abundante material, en operaciones que no son de un modo directo las de combatir al enemigo. Este personal, en gran parte, debería depender, ya desde el tiempo de paz, de los jefes de cuerpo, y tomar parte en la instrucción y ejercicios de las tropas. No basta que éstas sepan moverse, atacar y defenderse: es menester que se les den medios para llenar su papel en la guerra, medios que no pueden improvisarse, ni dejarse para el último momento.

Alemania, que ha seguido atentamente el desarrollo de los sucesos del Extremo Oriente, ha aumentado la dotación de municiones de la artillería hasta 500 tiros por pieza. En Francia se estudia la manera de llegar á la misma cifra, y organizar cinco ó seis escalones de retaguardia, cada uno de los cuales proporcione otros 500 disparos. Entre nosotros, la falta, cada día más urgente, de material de transporte, y la cortedad de los efectivos, son obstáculos casi insuperables para resolver satisfactoriamente el problema.

C. D. P.

IDEAS MODERNAS ACERCA DEL EMPLEO

DE LA ARTILLERIA DE CAMPAÑA

La artillería de campaña moderna ha logrado tal rapidez y precisión de tiro; se ha convertido en un arma tan perfecta, que en el campo de batalla ha perdido gran parte de los efectos que de ella se esperaban. Aunque esta conclusión parece paradójica, la guerra ruso-japonesa la ha demostrado plenamente.

En las primeras acciones, las dos artillerías, pero muy en particular la rusa, siguieron la táctica de hace quince ó veinte años: las baterías se situaban en los puntos que tenían mejor sector de tiro y que apoyaban con más eficacia á su propia infantería, y el resultado fué que en pocos minutos la artillería japonesa, superior en número, desmontó y puso fuera de servicio las piezas enemigas. En otros combates, como en el de Yant-suling, por ejemplo, fueron los cañones japoneses los reducidos al silencio por las baterías rusas, mejor situadas.

Como consecuencia de estos hechos, aprendieron unos y otros artilleros á cubrirse perfectamente en los pliegues del terreno, ocultándose á las vistas del adversario y disimulando completamente la posición ocu-

pada. Desde Tachi-chiao, los rusos cumplieron á maravilla esta estratagemá, imitada muy luego por los japoneses; y el resultado fué que engañándose mutuamente las dos artillerías, se hizo, en las gigantescas batallas de Liao-Yang, Sha-ho, y Mukden, un derroche enorme de municiones sin efecto útil. Todos los testigos presenciales de acreditada veracidad y prácticos en las cosas de la guerra, están conformes en que, obligada la artillería de campaña á cubrirse y ocultarse, no pudo intervenir de un modo decisivo en la lucha, ni alcanzar el papel preponderante á que parecía destinada.

Este hecho había sido ya presentado por artilleros eminentes, que hace tiempo se preocupan de él y procuran realizar el ideal de ofender sin ser ofendidos. La artillería que lo consiga plenamente habrá dado la victoria á su ejército, á costa de pérdidas mínimas y de los procedimientos más sencillos.

Conviene advertir, antes de seguir adelante, que la granada no es ya, en el campo de la batalla, el proyectil por excelencia, y que ha cedido el primer puesto al shrapnel con espoleta de tiempos contra el personal y las baterías sin protección, y al shrapnel con espoleta de percusión contra las baterías protegidas.

Sentado esto, para resolver el problema antes apuntado se dibujan dos tendencias, á las que podemos llamar escuela francesa y escuela alemana.

La primera preconiza el empleo de baterías ficticias que atraigan el tiro del enemigo, mientras que las baterías verdaderas, desde lugares cubiertos, concentren sus fuegos contra los cañones del adversario, cuya situación quedará revelada al disparar contra las baterías ficticias. Algo de esto practicaron los rusos en la Mandchuria, con resultados excelentes al principio; pero, después, los japoneses no se dejaron ya engañar y las dos artillerías perdieron el tiempo y las municiones. Durante las maniobras francesas del mes de Septiembre, la artillería francesa se ha ejercitado en disimular su situación; tratándose de un tiro simulado, no es posible llegar á una conclusión fundada acerca de los resultados, probablemente negativos, que estos procedimientos hubieran tenido en un combate verdad. Pero el método francés no se limita á ocultar las baterías, sino que tiende á descubrir las enemigas, provocando su tiro en una falsa dirección.

El Teniente De Fleurelles recomienda la organización de baterías ficticias, que imiten el tiro de cañón mediante el disparo de petardos, y produzcan la ilusión de una batería verdad, mientras los cañones, muy apartados de allí, reglen su tiro y destruyan en pocos minutos al enemigo. De Fleurelles llega á formular un proyecto de organización de una de esas baterías, á la que asigna un sargento, un cabo y seis artilleros, y cuatro escudos de acero, á prueba de fusil, transportables á brazo y

desmontables, que hincados en el terreno simulen á lo lejos otras tantas piezas. Se ocurre desde luego si sería más útil dar otro empleo más provechoso á ese personal destinado á muerte segura y rápida, y se presenta la idea de que el enemigo tardaría pocos momentos en advertir, tanto por el efecto de sus propios proyectiles, como por la dirección de los del adversario, que estaba en presencia de un ardid de guerra. A partir de este instante, las cosas continuarían como ahora, las dos artillerías estarían despistadas y sus esfuerzos serían vanos é infructuosos.

El fundar la eficacia del tiro en ocultar la situación de los cañones, responde al espíritu que late en los métodos franceses. Pese á lo que rezan todos los reglamentos y contra lo recomendado por los generales que están á la cabeza del ejército, los franceses, que no apartan nunca sus miradas del E. y no piensan en otro enemigo futuro que en el que hay al otro lado de la frontera oriental, son partidarios, acaso inconscientes, de la defensiva; la letra de sus reglamentos preconiza la ofensiva; en los ejercicios y maniobras se practica la ofensiva, y muy poco la defensiva, pero en el fondo todo obedece á repeler una agresión, jamás á iniciarla. Aquel espíritu que Napoleón encendió en la Nación francesa, y por lo tanto en su ejército, ha sido reemplazado por el de opuesta tendencia.

La escuela alemana refleja el espíritu ofensivo que alienta en todo lo que se refiere á aquel ejército, desde su organización general hasta el más nimio detalle. Lejos de rehuir las balas enemigas, la artillería alemana cree que debe provocar al contrario á un combate directo, y derrotarlo en un brevísimo espacio de tiempo, mediante una protección directa y eficaz de las piezas y del personal, que le permita sostener la lucha hasta que el enemigo sea aniquilado.

Este ideal no ha podido traducirse de un modo práctico hasta que la artillería ha contado con un nuevo material, estudiado para cumplir aquel fin. Aligerando algunas partes del fuste, gracias á la gran potencia del freno hidráulico, los alemanes han empezado á transformar su material de artillería de campaña, dotándolo de escudos de acero extremadamente resistentes, que protegen los elementos vitales de la pieza, los cajones de municiones y los sirvientes. El nuevo cañón, á pesar de su gran protección, pesa 75 kilogramos menos que el cañón ruso desprovisto de coraza. Con esta nueva arma, creen los alemanes hallarse en estado de desafiar el tiro del enemigo, y poder entablar la lucha á distancias medias, única manera de obtener efectos decisivos y de influir en el combate de infantería.

¿Cuál de las dos escuelas es la mejor? La artillería sin protección ha sido un arma poco temible en la Mandchuria; para abrigarse en el terreno, es menester ocupar posiciones cubiertas, alejadas de la línea de combate, renunciándose así voluntariamente á las ventajas, tan ponderadas, del extraordinario alcance, gran potencia y suma precisión. Pero,

para entablar directamente un duelo á muerte con la artillería enemiga y tomar parté en todas las fases del combate, es necesario disponer de mejor material que el adversario; de modo que, en conclusión, parece que el método de protección indirecta, al que hemos llamado francés, es el más recomendable para la artillería más débil, mientras que la mejor y más fuerte deberá adoptar el alemán.

A igualdad de condiciones, no cabe duda que este último será el más eficaz, y el único que devolverá á la artillería la preponderancia que ha perdido por el exceso de sus perfeccionamientos. De aquí que se puede presagiar, sin temor de equivocarse, una nueva evolución en el material de artillería, dirigida, no á aumentar las condiciones balísticas de la pieza, sino á protegerla, de un modo desconocido hasta aquí, mediante el empleo de escudos ó corazas ligeras y resistentes, que la industria actual está ya en disposición de fabricar. Y será curioso que después de tantos estudios y progresos, la eterna lucha entre el cañón y la coraza termine por donde debía haber empezado; por la fusión y compenetración de ambas, en lugar de buscar la supremacía indiscutible de una cualquiera de las dos.

En estos momentos, la reforma ó el cambio del material de artillería requiere mucho tino, porque admitida la idea de las corazas, la eficacia de estas está llamada á sufrir modificaciones tan radicales que cambiarán por completo el modo de empleo que pueda hacerse con las baterías de campaña.

J. F. H.

LAMENTACIONES

II

Cuando á raíz del desastre se desfogaba en ditirambos y cargos la prensa toda, contra el Ejército y la Marina; el silencio coronaba la natural protesta, porque la lealtad de este ejército maltrecho y zarandeado, no llegó á entrever en la política la hiel traidora de un sacrificio estéril, preparado por todos. Por todos, sí, porque si nosotros callamos y solo en la prensa profesional se vieron, como ahora se ven, estudios y trabajos luminosos de los que nos advierten peligros y nos enseñan torcidos derroteros que van al precipicio, en cambio la otra prensa, esa que llega al pueblo y *dice que es su torna voz*, nos presentaba al ejército invencible, á la marina potente, los puertos artillados, la victoria, en fin, tan cercana, tan grande, que solo cáusticas é inadecuadas burlas merecía lo que era formidable enemigo.

Este error difundido con profusión en un estado ignorante y adverso de suyo á la institución militar, trajo como fruto ópimo los resultados

que hemos alcanzado después de la pérdida colonial. Todos éramos por lo menos unos cobardes, unos ineptos, unos malos españoles; habíamos malgastado tesoros, destrozado poderes coloniales, aniquilado hombres y... obtenido, eso sí, pingües recompensas.

¿Se quiere juicio más acabado, que evidencie la *entente cordiale* entre pueblo y ejército?

Así hemos vivido unos años; el pueblo mirándonos como el parásito consumidor de sus tributos; los políticos, desacreditándonos; la prensa, por parcialidad de afecto, destrozando en la personalidad del general A ó B, los prestigios y el decoro de toda una institución respetable... ¡Y con esto se aspira en España á tener ejército!

Créame Casto Razón, que siempre estaremos lo mismo, como no se varíen de raíz estos procederés impropios de todo pueblo civilizado...

Otro de los funestos errores que siempre hemos tenido, ha sido seguramente el de lo excesivo de nuestra oficialidad.

Na ha habido ocasión en que no hayamos dirigido certero dardo contra los números de tal ó cual plantilla, y siempre ha acaecido, que al llegar á la guerra, nos hemos encontrado sin oficialidad...

Hoy sin ir más lejos nos encontramos en el anuario y por lo que toca al arma de Infantería con 227 coroneles, 424 tenientes coroneles, 1,095 comandantes y 2.234 capitanes.

Tenemos en activo y reserva, para combatir, un número exacto de coroneles, aproximado de tenientes coroneles y suficiente de capitanes; ¿que son excesivos los comandantes? No lo dudamos, pero esta cifra excesiva ha sido natural consecuencia de las guerras y los empleos por ellas concedidos; pues á pesar de que la proporción viene á ser exacta, á pesar de que en caso de movilización tendríamos que cubrir muchos destinos que en la paz no se atienden, aun se vocifera por los *militarófobos* en contra de estas cifras bien risibles y sobre todo, bases de un *porvenir brillante* en la carrera de las armas.

Esta opinión que tanto se cita en la prensa, sin que á ciencia cierta sepamos si existe ó no, nos ha empujado á la creación de cuadros de oficialidad que sin carga alguna sobre el país, nos den un cuadro de oficiales aptos para el mando y educación de las tropas de reserva.

Siempre citamos en estos pujos reformistas ejemplos y procederés del extranjero, pero nunca analizamos nuestra constitución y la extraña, para ver si de este examen y comparación, puede resultar algo beneficioso de la implantación apetecida.

Y por un desconocimiento completo de causas que son el alma de cuanto existe fuera de España, hemos ido á la creación de una escala de reserva gratuita, que creemos tener dispuesta para el mañana, sin acordarnos de que sus elementos de formación, muy dignos y honorables, no están al tanto de los progresos intelectuales del arte militar actual.

Porque, ó el oficial ha de ser técnico por las exigencias del guerrear moderno, ó ha de ser solo un jalón intermediario entre el superior y el soldado, para celar no más que el orden y la disciplina... Si lo primero, hemos de convenir en que esos cuadros de oficiales que se sueñan, deben tener más enjundia militar que la que se les asigna; para no hacerlo así, no vale la pena el crearlos.

Hemos tocado esta cuestión, no más que con el fin de apuntar en estas quejas amargas de decepción y desconsuelo, un problema que aquí se entiende muy fácil con solo sujetarlo á un flujo y reflujo periódico: ascenso y amortización, he aquí el paliativo aplicado á las incógnitas de la siempre considerable solución.

De esta suerte no se lleva al ánimo del oficial otra cosa que la zozobra; hoy se presenta un porvenir risueño, ¿podrá esperarse así á los dos años? Seguramente que nadie contesta á esta pregunta; ¿por qué? Por el desbarajuste eterno que se ha observado en el ejército, siempre que el *reflujo* dicho ha dejado al descubierto lo aportado por el *flujo* ó subida de nivel por las escalas.

Eso sí; abnegación, sacrificio, patriotismo; todo y más aun, hemos dado y mostrado, con sensible perjuicio nuestro.

Desde el desastre á aquí, se han suprimido plantillas; se han tronchado esperanzas, se han limitado horizontes... Esto no lo ha querido ver nadie.

No se nos ha presentado en público más que por el lado antipático de ser una carga inútil, que no sabemos cumplir con nuestro deber; pero jamás se ha hecho público el sacrificio inmenso que ha representado una amortización de un 75 y 50 por 100.

¡Y si en otros elementos hubiese amortización, se notase en algo la pérdida del poder de Ultramar!

Desafío á Casto Razón, para que me demuestre si en el clero, en la justicia, en la diplomacia, se ha notado en algo la aminoración de nuestra nacionalidad...

Esto subleva el ánimo de los buenos patriotas; y lo raro es que aisladamente todos los españoles sentimos y pensamos lo mismo; pero en ocasión de público testimonio, ni uno siquiera se siente con franqueza para llegar á exponer su pensar.

*
* *

Culpas muy grandes tiene el ejército, en que la malquistencia de muchos sea mayor. No hay que alarmarse, hablamos solo para los de la grey, y como la verdad es una y los tiempos no admiten engaños de torcido resultado, hemos de ser francos en lo que á nosotros atañe; no, exponiendo vicios que deben atajarse; no recriminando á las alturas por olvidos; ¡no! atacándonos á nosotros mismos. Los jóvenes, los que ahora

empezamos y que estamos llamados á ser en no lejanos tiempos directores de esta máquina desvencijada y enmohecida, no cumplimos con nuestro deber... No se alarmen nuestros compañeros; tengo sobrada razón en lo que digo, y me la dareis seguramente.

Poquísimos de nosotros, por culpas ajenas ó erróneas apreciaciones propias, realizan hoy su misión cual deben, y al decir esto, no me refiero á su misión oficial, no; me refiero á su misión *psicológica*, á su labor *absorcionista* para con los inferiores, para con los extraños, para con los superiores... Sorprenderá seguramente el giro *absorcionista*, en este empleo desusado; pero es explicable, porque *absorcionista* es toda labor que atrae, que lleva por derrotero conveniente lo que los extraños, inferiores y superiores piensan, y que conduce al fin apetecible; ¿no es así? ¿Y esto, no lo podemos realizar dentro de nuestro círculo, trazando derroteros nuevos á una rutina que atrofia, y que solamente desaparecerá cuando otra rutina *más provechosa* la substituya?

Entiendo que sí.

Una labor continua, sorda, sin desmayar, algo así como esa tarea que se impuso el anarquismo primero, que luego llegó á socialismo, que hoy casi es necesidad de vida en los pueblos y que mañana será causa importante y eficiente de la gobernación de los Estados...

Lo mismo ocurrirá en el ejército; primero, se verá con *asco* por todos esta noble idea, y estos tiempos ya felizmente van pasando á la historia... Después será necesaria... Mañana, será el glorioso día que todos anhelamos, en que la patria sea grande y nosotros contemos con la fortaleza de nuestra idea sustentada y defendida á través de incrédulos y ateos con la firmeza de los mártires de nuestra religión católica.

FEDERICO PITA.

Primer Teniente de Infantería

COSAS QUE NO SON DE ESPAÑA

Para edificación de los que creen malo todo lo español y excelente y digno de encomio todo lo extranjero, referiremos brevemente lo acontecido en Inglaterra con los oficiales enviados á países extranjeros para el estudio de idiomas.

En 1894 el Ministerio de la Guerra Británico comisionó algunos oficiales para que marcharan á la China y estudiaran aquel idioma. En 1903, la medida se extendió al Japón, siguiéndose, para elegir á los enviados, el siguiente procedimiento. Los oficiales «muy recomendados (strongly recommended) por su celo y conocimientos profesionales generales.» eran elegidos y apuntados en una lista; después de esto, tenían que asistir á un curso de japonés, de tres meses, en las universidades de Oxford, Cambridge ó en el Colegio del Rey, terminado el cual marchaban al Japón, donde permanecían un año, teniendo derecho á una gratificación de 200 libras (5.000 pesetas, á la par), si resultaban aprobados

en un ligero examen. Los quince meses señalados en suma para estudiar el japonés, pronto se vió que eran un plazo excesivamente corto para adquirir, siquiera fuese de un modo rudimentario, algunos conocimientos de uno de los más difíciles idiomas orientales.

Aconsejadas sin duda por la Legación Británica en Tokio, las autoridades militares inglesas cambiaron el procedimiento, y, en Noviembre de 1904, se extendió á dos años el plazo de permanencia en el Japón, y se dispensó del curso preliminar en Inglaterra. A los cuatro meses el oficial debía someterse á un examen demostrativo de su capacidad para el estudio del idioma, y á un segundo examen terminado el primer año. En esta segunda prueba, el oficial había de demostrar su suficiencia hablando con un japonés, y traduciendo sencillos textos del japonés al inglés y recíprocamente. No se necesita ser muy inteligente en el estudio de idiomas extranjeros para comprender que en este segundo examen, si se efectúa con imparcialidad, deben salir reprobados todos los oficiales.

La medida, sin embargo, revela el deseo de acertar. Hasta aquí, la cosa no tiene nada de sorprendente; lo anómalo é inexplicable viene ahora.

Parecía natural que siendo la segunda orden una rectificación de la primera, y habiendo sido publicada al expirar los quince meses que determinaba la primera, los oficiales comisionados en virtud de ésta hubieran continuado en el Japón hasta completar los dos años, tanto más, si se considera que el mismo Ministro de la Guerra declaraba implícitamente, en virtud de su segunda orden, que quince meses no eran suficientes para aprender el japonés. Pero no se hizo así; por alguna razón inexplicada, aunque muy explicable, se resolvió que los oficiales enviados al Japón en 1903 regresaran á la Gran Bretaña, y que los reemplazaran otros nuevos. Y como los gastos de viaje eran por cuenta del Estado, éste tuvo que desembolsar algunos miles de libras sin haber obtenido el menor provecho, y disgustando á algunos oficiales, si bien—y esto es muy digno de tenerse en cuenta—contentando á otros. Además, concluidos los dos años de permanencia en el Japón, el oficial debe regresar á Inglaterra y sufrir un examen en Londres, obteniendo, si es aprobado, el título de intérprete en japonés. Claro es que si esos oficiales fuesen examinados en Tokio, con intervención del Ministro británico, podría subsanarse la deficiencia que demostrasen en el conocimiento del idioma, sin más que prorogar su estancia en el Imperio del Sol Naciente; mientras que si han de regresar á Inglaterra, sustituidos por otros oficiales, no cabe su perfeccionamiento en aquel idioma; y puede darse el caso, más probable que improbable, de que después de los dos años, sean reprobados todos los oficiales, y el Estado haya hecho un gasto inútil y tenga que volver á empezar, y los interesados pierdan lo aprendido, sea poco ó mucho, pero ciertamente más que lo que saben los recientemente comisionados.

Aún hay más. Al comenzar la guerra ruso-japonesa, los representantes británicos en el Japón aconsejaron que los oficiales que se encontraban ya en aquel Imperio, aprendiendo el japonés, fueran agregados á los ejércitos nippones de operaciones, alegando que aquellos habían consagrado varios meses de continuas labores al estudio de idioma tan difícil, y eran los más á propósito para obtener informaciones detalladas y exactas. Pero el Ministro de la Guerra desatendió la indicación, por

considerar que no eran oficiales concededores del idioma japonés los que convenía que acompañasen á los ejércitos de operaciones, sino otros oficiales que poseyeran conocimientos y dotes especiales. Entonces la Legación Británica en Tokio pidió que los oficiales que estudiaban el idioma fuesen al teatro de la Guerra acompañando á los que el Gobierno designase como agregados militares desde la metrópoli; medida que no podía encontrar inconvenientes, al parecer, porque el Gobierno japonés, por deferencia y en obsequio al británico, se ofreció á costear los gastos de viaje á la Mandchuria de aquellos oficiales. Pero el Ministro de la Guerra no cedió, y allá fué al Japón y á la Mandchuria luego otra numerosa comisión de oficiales, obligándose á que permanecieran en el Japón los ya residentes en ese país.

De modo, que en menos de año y medio Inglaterra ha enviado al Japón tres abundantes grupos de oficiales, espléndidamente pagados, sin haber conseguido que ninguno de ellos pudiera aprovechar racionalmente el tiempo. Pero, se ocurre preguntar, ¿es eso lo que se proponía el *War office*, ó simplemente trata de favorecer á los oficiales «muy recomendados» por su celo, etc., etc., estableciendo turnos que permitan el disfrute de una comisión difícil y espinosa para los oficiales estudiosos, pero fácil, agradable y amena para los que no lo sean?

Ningún Ministro de la Guerra español se hubiera atrevido á proceder como lo ha hecho su colega británico; y por mucho menos que lo ordenado por este, una parte de nuestra prensa ha puesto de oro y azul á nuestros Ministros. Sin embargo, la prensa británica ha guardado pudoroso silencio, hasta que el corresponsal de *The Times*—pues no son de un periodiquillo cualquiera esas noticias, sino del coloso de la prensa—en Tokio, ha revelado las anomalías referidas, en una carta publicada en el número de aquel diario del 21 de Septiembre último, carta en la que figuran juicios y apreciaciones tan justas como pertinentes, y que no dejan muy bien parados á los personajes del Ministerio de la Guerra británico.

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.

ORDEN CIRCULAR DEL GENERAL DIRECTOR DE LAS MANIOBRAS REALIZADAS POR EL EJÉRCITO FRANCÉS DEL ESTE

En el mes de Septiembre último han tenido lugar en Francia grandes maniobras militares; en el E. han tomado parte cuatro cuerpos de ejército y cuatro divisiones de caballería, y en el O. tres cuerpos de ejército y una división de caballería.

Por los temas desarrollados y el efectivo total, las más importantes han sido las maniobras del E., que se han desarrollado en dos periodos: en el primero, un cuerpo de ejército operó contra otro, y un grupo de caballería contra la demás; en el segundo, se formaron dos ejércitos—compuesto cada uno de dos cuerpos y dos divisiones de caballería,—que maniobraron el uno contra el otro. Dirigió estas maniobras el general Brugère, quien, antes de empezar los ejercicios, dió una orden ge-

neral en la cual sintetizaba sus ideas acerca de estas prácticas, íntimamente relacionadas con la guerra, por lo que creemos interesante reproducir la expresada orden circular. Dice así:

«Durante las maniobras del ejército, en el año 1905, los temas serán los más sencillos posible; se indicará solamente el objetivo que se ha de alcanzar y las condiciones en que se encontrará cada partido al comenzar la maniobra.

»El general director se reserva el derecho de modificar los temas en el curso de las maniobras, de un modo más ó menos imprevisto, con objeto de establecer nuevas situaciones y obligar así á los partidos á afrontarlas.

»Los comandantes de los dos partidos ejercerán plenamente su iniciativa en las disposiciones que deben tomarse para alcanzar, con sus tropas respectivas, el objetivo señalado.

»Los comandantes de las grandes unidades procurarán hacer converger todas sus fuerzas hacia el objetivo expresado, y evitarán ciertas tendencias individualistas de las diversas armas, tendencias debidas á las desfavorables condiciones en las cuales se practica, á menudo, la instrucción en las guarniciones.

»La caballería deberá buscar la ocasión de intervenir útilmente en el combate, contra la infantería y la artillería del bando contrario.

»La artillería prestará, rápida y constantemente, á la infantería el apoyo que á esta le sea necesario.

»Los frentes serán rigurosamente proporcionados al efectivo de las tropas que maniobren.

»Se prestará particular atención al empleo de las reservas. Las situaciones imprevistas, tan frecuentes en la guerra, demuestran la necesidad de aquellas.

»El alcance y precisión del armamento moderno recomiendan que la línea de guerrillas permanezca, el mayor tiempo posible, desenfilada de las vistas del enemigo, y presente el menor blanco á su tiro. Esto da una importancia especial á la utilización del terreno; los caminos por donde se avance deberán ser reconocidos con cuidado y preparados de un modo completo.

»Esta prescripción se aplica esencialmente á las tropas de primera línea, sobre las cuales se concentra necesariamente la atención y el fuego del enemigo; pero no comprende de un modo absoluto á las tropas de segunda y y tercera línea.

»En lo que atañe á esta última, importa mucho no retardar su entrada en acción, y mantenerla en formación bastante densa bajo la mano de su comandante.

»Se evitará escrupulosamente precipitar la acción, con objeto de que

la artillería tenga tiempo de obrar de un modo razonable, y se efectúe bien la preparación del ataque.

»Para que la acción pueda desenvolverse con regularidad y sin prisas, el general director de las maniobras recomienda que cada combate se desarrolle en dos jornadas, y aún tres si se conceptúa necesario, disminuyéndose así la fatiga impuesta á las tropas.

»En este caso, á la señal de suspensión de los ejercicios, los jueces de campo fijarán exactamente la posición de todas las tropas, estén empuñadas ó no en el combate. Al siguiente día, los mismos jueces harán que, á la hora fijada, esas tropas vuelvan á ocupar, sin ninguna modificación, las posiciones de la víspera.

»Asignando así á las diversas fases del combate todo el tiempo preciso, no hay necesidad de preocuparse, durante la ejecución de las maniobras, del regreso de las tropas á sus acantonamientos para la hora establecida, y todos los oficiales, cualquiera que sea su jerarquía, podrán operar como en la guerra verdad.

»Las maniobras resultarán de esta suerte más instructivas, más atra-yentes y menos fatigosas; y los comandantes de las diversas unidades estarán en condiciones de apreciar durante la acción el partido que deben seguir, tener en cuenta los efectos del fuego, reparar los errores cometidos, hacer intervenir útilmente sus reservas, practicar realmente trabajos de fortificación rápida, y aún hacer que gran número de oficiales desempeñen funciones correspondientes al grado ó empleo inmediatamente superior.

»Para poner al mando en condiciones idénticas á las de la guerra, es menester además atribuir á los puntos de apoyo del terreno el papel que realmente desempeñarían en el campo de batalla.

»En la mayor parte de los casos, el ataque y la defensa de un punto de apoyo requiere el empleo combinado de las tres armas, ó, cuando menos, de la artillería y de la infantería. Entonces tendrán que desarrollarse las tres fases sucesivas del combate:

»Acción de las tropas de primera línea;

»Preparación del ataque;

»Asalto.

»Los combates parciales originados por el deseo de conquistar los puntos de apoyo, se desenvolverán poco á poco, extendiéndose y transformándose progresivamente en un combate general sobre el frente.

»No se perderá de vista que, después de tomado un punto de apoyo, el ataque se vé casi siempre obligado á hacer un alto, el cual se aprovechará para la organización y la ocupación de dicho punto, para la reconstitución de las unidades empuñadas, para su reemplazo por tropas de refresco, y para la preparación de una nueva acción cuando se presente el caso favorable.

»Estas indicaciones servirán de norma para que á ella ajusten su conducta los oficiales generales y los comandantes de cuerpo; y de base á los jueces de campo para su intervención

»Como regla general, las decisiones de los jueces de campo serán inapelables. El general director no las modificará en ningún caso antes del fin ó de la suspensión de la maniobra. Por otra parte, representan lo imprevisto de la guerra, que en un momento dado y en ciertos puntos puede imponer á una tropa, empeñada en una enérgica ofensiva, la detención del avance y aún la retirada.

»Todas las decisiones de los jueces de campo serán inmediatamente obedecidas por la fracción interesada, cualesquiera que sean las órdenes que hubiese recibido de su jefe directo. El comandante de la unidad cumplirá lo que le ordene el juez de campo, y dará parte, sin pérdida de tiempo á su inmediato superior de todos los cambios introducidos en la situación.

»Los jueces de campo deberán intervenir siempre que dos tropas en contacto no quieran, ni la una ni la otra, ceder terreno. Juzgarán del éxito ó del fracaso del ataque á los puntos de apoyo.

»Para llegar á esta apreciación se valdrán, independientemente del terreno y de la fuerza de las tropas empeñadas, de las disposiciones tomadas por cada uno de los dos bandos; de las condiciones en las cuales las artillerías adversarias hayan cooperado á la acción, y de la parte que toma en la misma la caballería.

»Los mismos jueces determinarán el terreno conquistado ó perdido por cada partido; indicarán al comandante de la tropa respectiva el punto en que podrá reunirse; y fijarán el momento en que la acción podrá reanudarse en la nueva situación que hayan establecido.

»Finalmente, se esforzarán en evitar á las tropas la inverosimilitud de la maniobra; resultante especialmente de la circunstancia de no tenerse en cuenta el efecto del fuego, ni conocerse la fuerza de la tropa enemiga. Tendrán particular cuidado de poner en conocimiento de los comandantes de las unidades combatientes, los incidentes que les pasen inadvertidos, y el valor y la intensidad del esfuerzo dirigido contra sus tropas.»